que dejan esas casas de tejado entre las tablas que forman el techo de la habitación y el techo de la casa: allí comenzó á caminar con tal precaución, que ni una sola de las tablas crujió con su peso: paróse de repente y escuchó.

Las voces de dos hombres que hablaban bajo y como con reserva, subían de la habitación del herrero.

El Cacomixtle se tendió sobre las tablas y aplicó primero un ojo por uno de los intersticios de la madera.

Tío Lalo y el Padre Bernal estaban literalmente debajo de él, y sostenían en voz baja una conversación acalorada.

Cacomixtle se sonrió con satisfacción, cambió la postura de la cabeza aplicando el oído al entarimado, y quedó sin moverse como si la vida le hubiera abandonado.

VII

El testigo oculto

Ese plan, decía el tío Lalo, es completamente irrealizable: robarse á Alejandra de su casa, no conviene. Alejandra, á pesar de que, como le tengo á usted dicho, no se la conoce más amor que Jorge, y ese anda ahora con la chinaca, es una muchacha muy querida y respetada de todos los mozos del pueblo, que serían capaces de armar un «mitote» por defenderla.

—Entonces ¿qué debemos hacer? Yo estoy fastidiado, cansado de tener esperanzas hoy, para perderlas mañana.

—Un poco más de paciencia, dijo socarronamente Lalo, que al fin se trata de llevarse nada menos que á la Flor de la Costa, y esto sin haber contado con su voluntad.

—No he venido aquí para oir tus sermones: necesito

tener en mi poder á esa muchacha, y tú te has comprometido á entregármela; pues bien, ¿qué te detiene? ¿qué te falta? ¿dinero? cuanto me pidas tendrás, y con el dinero todo se consigue.

—Sí, se consigue, pero no inmediatamente; vamos, no se impaciente usted; voy á mandar un explorador, como si dijéramos, á la casa de don Plácido, y según lo que nos digan, veremos, porque Perucho me dijo que anoche había habido allí *trifulca*.

—Bueno, pero que sea pronto, dijo el Padre Bernal sacando un magnífico reloj de oro; son las once, y á la una tengo que salir para San Jerónimo.

—De aquí á la una tiempo hay, pero voy á mandar...

Cacomixtle oyó el ruido que hacía el tío Lalo al levantarse, y se preparó á saltar á la huerta, por si el viejo se dirigía á la fragua, pero la voz entera del herrero se dejó oir, gritándole á su mujer:

—Ramona, Ramona.

—Voy, hombre, contestó desde el otro cuarto una voz cascada y hueca. ¿Qué quieres?

—El Padre desea saludarte, —y añadió en voz baja dirigiéndose al Padre, —es preciso que todo se haga con disimulo.

Cacomixtle había recobrado su tranquilidad, y volvió á aplicar el ojo y luego el oído á las tablas del techo.

El herrero había vuelto á sentarse. Ramona se había

presentado en la escena. De tanta edad como su marido, casi negra, con un paliacate de cuadros en la cabeza y unas enaguas formadas también de paliacates, la mujer del herrero era una figura verdaderamente repugnante.

Saludó humildemente al Padre y le besó la mano.

—Oye, Ramona, le dijo el tío Lalo, vas á hacer este empeño; pero cuidado con una tontera, porque es cosa del Padre, y si lo echas á perder ya verás.

Y acompañó estas palabras con un movimiento de mano que indicaba nada menos que una paliza si la vieja salía mal de su comisión.

—¡Pues bonita soy yo para quedar mal en lo que me encargan! contestó la vieja; acuérdate que siempre...

—Cállate, navolena, y pon cuidado á lo que te voy á decir: te vas ahora mismo á la casa de don Plácido y te haces aparecida; pero cuidado, que no vayan á maliciar que llevas plan.

—No, yo diré que voy á pedir un cántaro prestado á la chica, porque ayer Cacomixtle rompió el de acá.

—¡Cómo! ¿rompió el cántaro ese pícaro? dijo el herrero; ahora verá qué tal le va.

—¡No, hombre, si no es más que el pretexto que voy á ponerles! contestó la vieja.

Cacomixtle se sonrió socarronamente desde su observatorio.

—Pues bien, continuó el tío Lalo, me vas á averiguar

qué es lo que ha pasado en la casa de don Plácido; por qué regañó anoche á la muchacha; en fin, todo, todo cuanto puedas averiguar; pero con cautela y pronto, porque el Padre quiere irse.

—Está muy bien, ya verás qué razón te traigo.

La vieja salió de la habitación, y los dos interlocutores quedaron en silencio: el Padre Bernal con los codos sobre las rodillas, apoyando la frente en sus anchas manos, y el herrero formando un gran cigarro de una hoja de tabaco que tomó de encima de una mesa en donde había una imagen de la Virgen de los Dolores, y delante de la cual, en una copa de cristal rota, ardía una mechita que nadaba en un lago de turbio aceite.

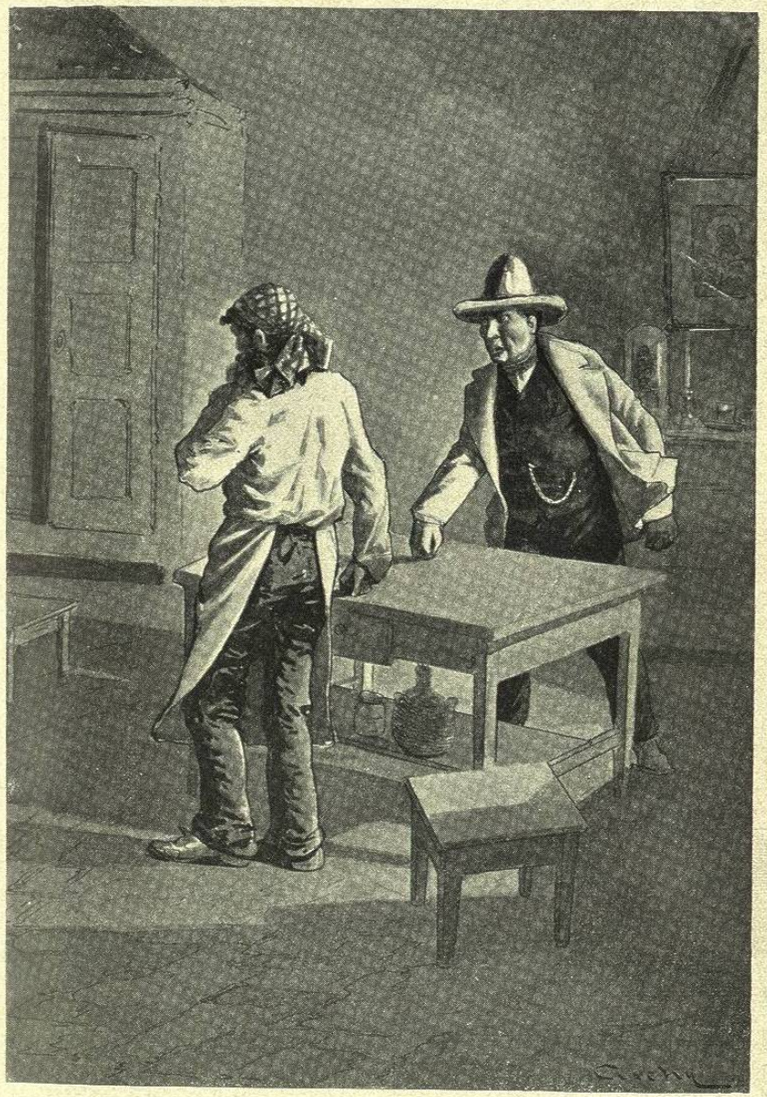
El Cacomixtle pudo desde su escondite ver á Ramona que, fingiéndose más vieja y más vacilante en su andar, se dirigía para la casa de Alejandra; el muchacho la observó por un momento y volvió después á su posición anterior.

El silencio se prolongaba todavía; el tío Lalo y el padre Bernal permanecían como absortos en sus meditaciones.

Por fin, el segundo se atrevió á hablar.

—Tío Lalo, le dijo, es preciso que esa muchacha venga á dar á mi poder; cien veces te lo he repetido, cueste lo que costare.

—Y yo le he dicho á usted que aunque la cosa no es



—Tío Lalo, le dijo, es preciso que esa muchacha venga á dar á mi poder...

tan sencilla como parece, yo me comprometo, Dios mediante, á entregarle á usted esa criatura.

— Hace mucho tiempo que me prometes lo mismo, y hasta ahora nada hemos avanzado, y ya sabes que este negocio puede hacerte feliz si se logra.

— Yo no le sirvo á usted sólo por interés, sino porque me ha confrontado su persona y me causa lástima verle tan apasionado de esa muchacha que se hace la remilgosa. Vaya, pues, ¡qué más podía esperar! ¡sólo que quiera que venga por ella el Emperador!... Y luego, Padre, que usted no sabe quién es don Plácido, ¡pues bonito él para que se la peguen! Es más avisado que un cuervo, y belicoso, que es capaz de armar campaña con su misma sombra. Pero usted no me hace caso, distraído, distraído siempre: tomaremos una copita de mescal.

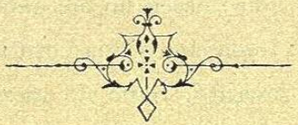
El tío Lalo se levantó, llenó de mescal dos pequeños vasos aclarinados, y tomando uno presentó el otro al padre Bernal que no salía de su meditabundo silencio. Apuraron los dos hasta la última gota, y el Padre, sin decir una palabra, se reclinó negligentemente en una cama formada con delgados otates y que había en uno de los rincones del cuarto.

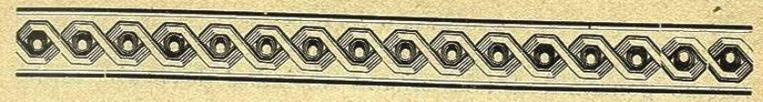
— Bueno, dijo el tío Lalo, repose usted un momento mientras vuelve Ramona; entretanto voy á la fragua á continuar mi trabajo.

Al decir esto cubrió la cama con el limpio pabellón

de indiana, y se retiró entornando cuidadosamente la puerta.

Quizá no había acabado esta operación, cuando el Cacomixtle, ligero como un relámpago, estaba ya en la fragua dando vida al ya casi extinguido fuego.





VIII

La vuelta del explorador

Por más de media hora los fuelles gimieron al impulso del Cacomixtle, los carbones encendidos recibieron su aliento, y el tío Lalo preludió, por decirlo así, la hoja de un curvo machete, destinado tal vez á hacer un papel importante en alguno de esos escándalos que brotan casi siempre de los fandangos de Tierra Caliente.

La fragua estaba sola, los tertulianos habían ya desaparecido, y el herrero y el muchacho trabajaban sin cruzar una palabra.

Entre los dos formaban una máquina: el ciego motor de los fuelles y el motor inteligente del martillo y de las tenazas.

Y sin embargo, en aquellas dos cabezas germinaba el

mismo pensamiento; la misma ansiedad devoraba aquellos dos corazones.

De cuando en cuando el tío Lalo abandonaba el martillo y cubría con su mano derecha, como con una visera, sus penetrantes ojos, dirigiendo inquietas miradas por el camino que debía traer su mujer.

El Cacomixtle entonces, apoyándose en el cable que movía los fuelles, se empinaba sobre las puntas de los pies, y por encima de la cabeza del herrero, que le interceptaba la vista, exploraba curiosamente el horizonte.

Así se pasó un largo rato, y ya el tío Lalo comenzaba á dar algunas muestras de impaciencia, cuando se dejó ver á lo lejos la figura de Ramona, que caminaba más aprisa que de costumbre.

Tío Lalo suspendió su trabajo, y pocos momentos después la vieja había llegado hasta la fragua.

—Mucho te has tardado, le dijo el herrero.

—Mucho; pero en cambio traigo noticias muy importantes: ¿ya se fué el Padre?

—¡Qué se ha de ir! Esperándote está; pero creo que se ha dormido. Vamos entrando y nada me digas hasta que estemos delante de él.

Cacomixtle, vengo, y no me quemes mucho carbón mientras te quedas solo.

Cacomixtle no contestó.

La vieja y el herrero entraron en la casa, cerrando

tras sí la puerta, y el Cacomixtle volvió rápidamente á su observatorio, abandonando la fragua.

El Estado de Guerrero es en nuestra República un país verdaderamente original.

Allí no se conocen los ladrones: lo mismo puede dejar abandonados en una plaza ó en un camino el artesano los instrumentos de su trabajo, que el caminante su maleta de viaje ó un costal de polvo de oro. Nadie se atreverá á tocarlo.

El instinto del robo no entra para nada en el gran compuesto que forman las pasiones en el corazón de los hombres de aquellas tierras.

Impetuosos y ardientes en sus amores, belicosos y susceptibles en sus relaciones sociales, son capaces de hacerse matar por la mirada de una mujer, ó por la picante sátira de un verso de la Malagueña; pero para ellos el respeto á la propiedad no es ni una virtud ni un sacrificio.

La policía no tiene parte en esto, y la razón es muy sencilla: la policía no ha existido ni existe en el Estado de Guerrero.

Sujeto, dominado por sólo la voluntad de los Alvarez, durante muchos años, el Estado de Guerrero ha sido un cacicazgo, un patriarcado, en donde la única ley ha sido siempre la voluntad absoluta de los miembros de una familia á la cual el Gobierno General de la República, al través de leyendas y tradiciones fantásticas, ha visto con

proporciones tan gigantescas, que no se ha atrevido nunca á destruir con sólo una plumada, como hubiera podido hacerlo, aquella república de Andorra, aquel Paraguay, que puede ser con el tiempo, y libre de los lazos que la oprimen, la perla de los Estados, la joya preciosa de la República y el emporio de la agricultura, del comercio y de la minería.

Cubierto por magníficos bosques de maderas preciosas y de construcción, regado por caudalosos ríos, cruzado doquiera por gruesas y robustas venas de todos los ricos metales; sembrado de criaderos de esmeraldas, de granates, de ágatas, de rubíes, de topacios y de diamantes; poblados sus bosques por tigres y águilas; feraces sus tierras, con esa exuberante vegetación del mundo en los tiempos del Génesis, y teniendo en sus costas los más hermosos puertos del Pacífico, el Estado de Guerrero sólo espera la llegada de un Mesías que le diga como Cristo al paralítico: *Levántate y anda...*

Pero los años pasan, y los cedros caen de vejez en los bosques, y los ríos profundizan sus cauces, y los vientos del mar arrojan sobre las azucenas de las playas desiertas las arenas que sepultan: y las palabras divinas no resuenan aún sobre aquella tierra de promisión.

IX

El secreto de la tía Úrsula

ALEJANDRA no acudió á la cita que le había dado la tía Ursula: en vano la buena vieja hizo más viajes al arroyo de los que necesitaba, y acarreó tanta agua como si tratara de apagar el incendio de su casa.

La mañana se pasó sin haber visto á la muchacha, y llegó por fin la tarde de aquel día, y la tía Ursula iba creyendo ya que no vendría Alejandra, cuando la vió cruzar delante de su casa.

La Flor de la Costa, como la llamaban los mozos del pueblo, no iba alegre y cantadora como la víspera; melancólica y distraída, caminaba como instintivamente, sin contestar un saludo, y sin volver siquiera la cara al jacal de la tía Ursula.